

fantásticos resplandores. A cada instante se maravilla la multitud y aplaude y se oyen exclamaciones y exclamaciones. En verdad, esto tiene mucho de prodigio.

Volveremos, en tiempo y lugar, á estas fantasías nocturnas; ahora tenemos que hablar aun de jardines.

Era en verdad cosa difícil situar á pedir de boca en el parque del Campo de Marte los innumerables pabellones que debían ofrecerse allí á la vista. ¿No era menester presagiar perspectivas, asegurar á cada construcción accesos fáciles y respetar el trazado de conjunto modificando incesantemente el detalle? Luego se habían de adornar las fachadas con plantaciones que estuvieran en armonía con su estilo. Para los pabellones extranjeros se quería más aún: encuadrarlos con vegetales decorativos originarios del respectivo país. No parece sino que se complicó de intento el problema para que fuera más meritorio resolverlo bien. Convengamos desde luego en que no se ha resuelto mal generalmente.

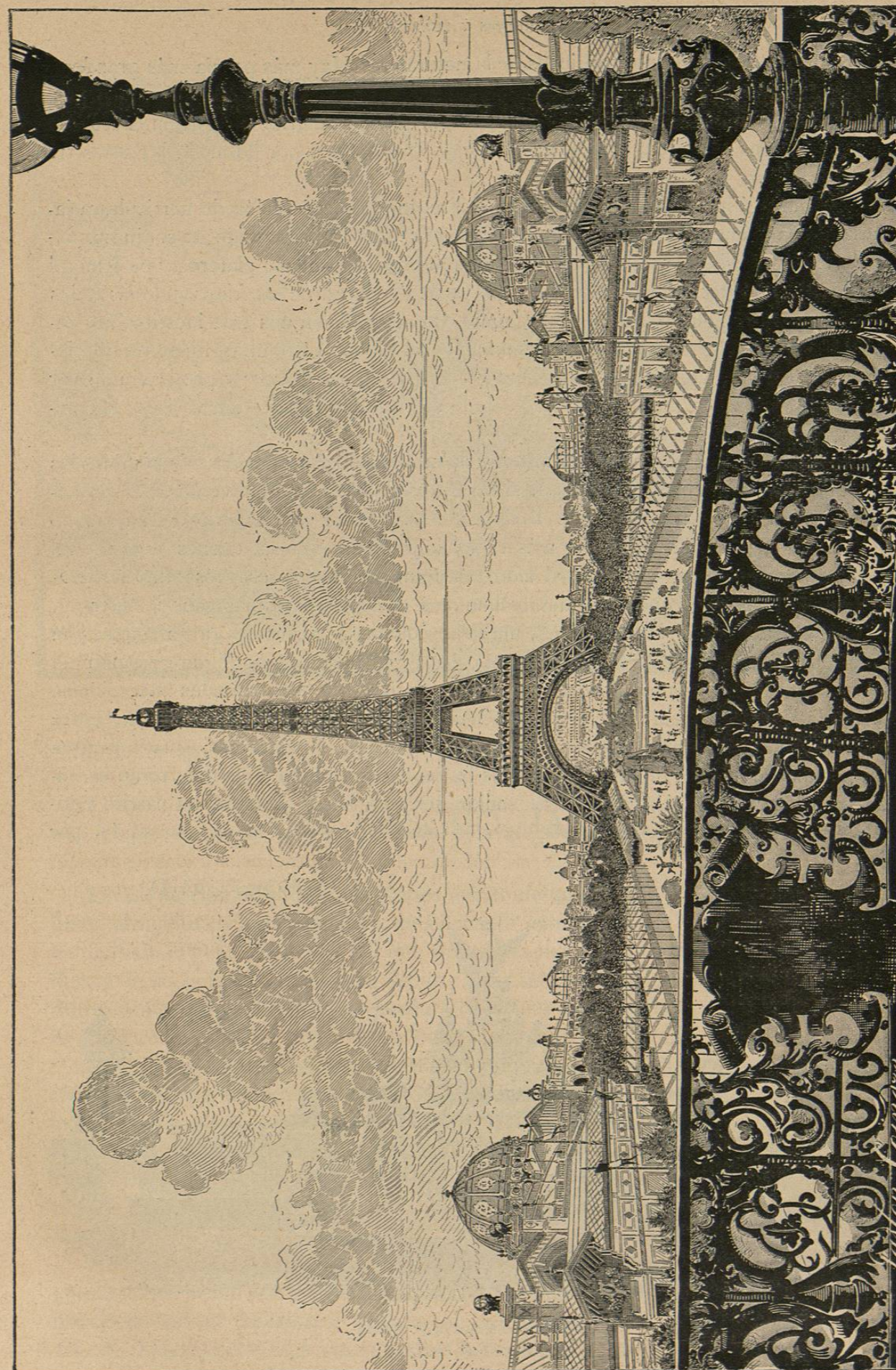
Este principio de apropiación de los vegetales á las arquitecturas ha sido aplicado hasta en lo que toca á las pequeñas plantaciones de que gustan los tipos de habitación humana restituidos, á lo largo del muelle de Orsay, por M. Garnier. La elección de los vegetales es indiferente. Al lado de la ciudad lacustre, por ejemplo, no se ven más que plantas acuáticas, trepadoras, anfibias ó emersas. La habitación pérsica tiene nogales, almendros, lilas, adormideras. A las inmediaciones de la casa fenicia, asiria y hebrea, hay árboles de Judea, cedros del Líbano, sauces de Babilonia, malva rosa, rosas de Damasco.

A la habitación japonesa corresponden soforas, catalpas, paulonias, sauces del Japón. Para decorar las inmediaciones del pabellón chinesco, se ha recurrido á los ailantos, á las aralias, á los bambúes. Asimismo, la entrada de la casa india se distingue con daturas, estramonios, cañas y ricinos. Por eso, se ha esforzado uno en recordar en todas partes, hasta donde ha sido posible, las vegetaciones de los países evocados. Verdad es que M. Garnier ha hecho más aún: á estas habitaciones arqueológicas que á veces pueden creerse supuestas, ha dado habitantes... disfrazados. Aquel anejo de la galería de los juguetes rescita de esta suerte hasta la bajada de la Courtille. ¡Ah! el arquitecto de la Opera es un gran hombre.

Nada digo de las alfombras francesas, deliciosamente verdes, encuadradas de arriates siempre floridos, que conducen la vista desde el navío de París hasta la torre de 300 metros. A derecha é izquierda se prolongan grandes calles arenadas y cubiertas con toldos rayados de amarillo y rojo, y más allá, se extienden por una y otra parte encantadores jardines á la inglesa, flanqueados de preciosos canastillos.

Pero los arriates que van rectamente son los que se extienden al pie de las balaustradas, por debajo del jardín superior. Allí se abren fastuosamente los más magníficos rododendrones que pueden verse. Las flores enormes, como hechas de sutilísima gasa, rosadas, blancas, violadas, se destacan allí en ramos espléndidos sobre el fondo sombrío de la verdura. De trecho en trecho se encuentran acebos y magnolias en forma cónica. Cuando en días de julio haya pasado la espléndida florecencia de los rododendrones, la diversidad de los follajes dará de repente á estas masas vegetales un nuevo carácter francamente ornamental.

Para lo que atañe á la exposición floral, propiamente dicha, se ha de ir principalmente al Trocadero. Ciertas colecciones son allí tan preciosas, que se visitan con mucha frecuencia. Todavía parece que estoy viendo, en el momento de trazar estas líneas, magníficas series de orquídeas, gioxinias, anturios, bromeliáceas. Joyerías sensitivas, tejidos impalpables que se marchitarían al menor soplo. ¿Qué son nuestras fantasías más para-



El jardín central. Vista tomada desde el balcón del palacio de las Secciones industriales

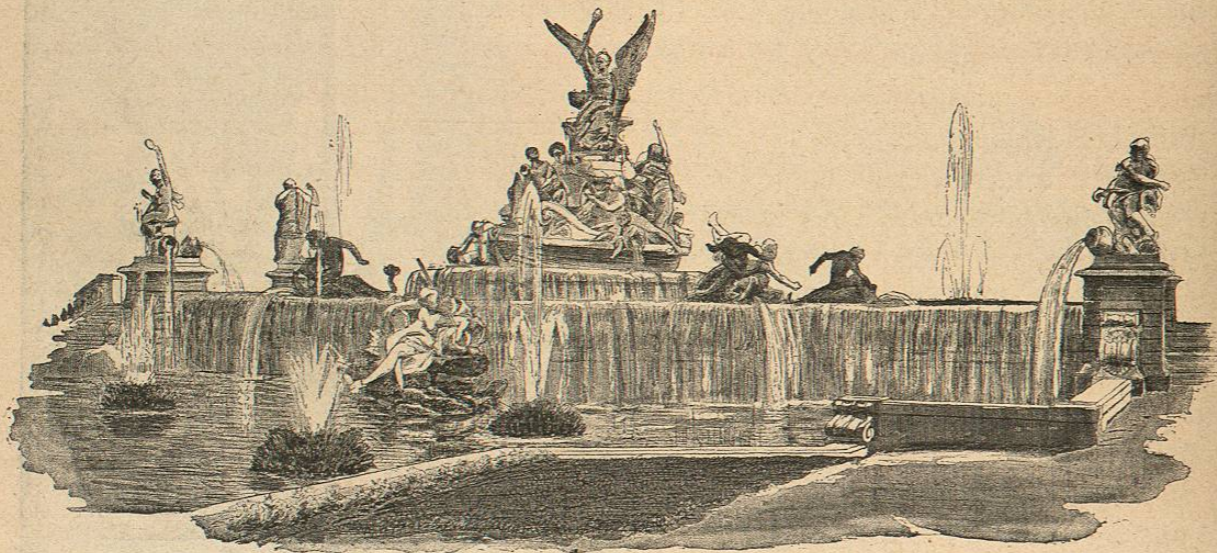
dójjicas al lado de los divinos caprichos de la naturaleza? Hay más poesía, más grandeza, más singularidad en cualquiera de esas flores que en la más acariciada de nuestras obras. Para nosotros, los artistas, debiera ser esto allí un asunto de eterna meditación. Pero ¡ah! nosotros creemos siempre que lo hacemos mejor, y acabamos por gozar de las cosas sin pensar en ellas.

Filosofando á mis solas, he visitado en el Trocadero la exposición de horticultura japonesa. Es la primera vez que la flora de Nippón se nos ha presentado en conjunto. Sabemos de larga fecha el gran partido que los pintores, cerámicos, plateros y en general todos los decoradores japoneses procuran sacar de las flores, de las frutas y de las hojas de sus jardines; y he aquí, sin embargo, cómo esta Exposición nos trae inestimables revelaciones sobre el génesis del estilo ornamental del Japón. Todo el arte japonés proviene realmente de la naturaleza en el mismo grado que el arte gótico; y precisamente por estar basado en la minuciosa observación de lo real es tan fecundo, tan variado, tan delicado y múltiple.

En ninguna de las Exposiciones anteriores habían sido tan numerosas y notables las manifestaciones hortícolas extranjeras, si no estoy equivocado. Por ventura, el principado de Mónaco, las repúblicas de Bolivia y del Salvador y el imperio del Brasil ¿no tienen en el Campo de Marte las más risueñas y brillantes instalaciones florales? El Brasil principalmente, nos muestra al lado de plantas magníficas, esbozos como la *victoria regia* y la *litmazona* que no se desarrollan sino en agua á treinta grados de calor.

En la explanada de los Inválidos, nuestras colonias y países de protectorado han querido también rodearse de los mejores tesoros de su horticultura. Y para resumir en pocas palabras, bajo el punto de vista del arte de los jardines, estas rápidas impresiones, diré que la Exposición universal de 1889 acusa un grande esfuerzo para aclimatar entre nosotros los vegetales más notables de todos los países. Nuestra curiosidad epicúrea querría reunir al alcance de la mano las más bellas flores de todo el mundo, como se encuentran en el recinto de la Exposición, tonkineses para hacer arrastrar un carrito y jóvenes egipcios del Cairo para hacerse llevar á lomos de un asno blanco por aquí ó por allá.

L. de FOURCAUD.



Fuente monumental de M. Coutan  
(El navío de París)



Fabricantes de sombreros

## EL CASERÍO JAVANÉS

La Exposición de 1889 tiene el raro mérito de que en ella todo se presenta en conjunto, armoniosa y orgánicamente, en su cuadro natural, en su radiante unidad. No se ha limitado el genio directivo de este gran certamen á exponer metódicamente los productos de las industrias, las obras del arte y las series de documentos científicos; ha querido también que el visitante se pueda formar una idea exacta de los diferentes modos de producción, ó mejor dicho, de las diferentes condiciones de la existencia humana.

De aquí esa enorme importancia dada á la demostración del herramientaje y á su funcionamiento, ese número asombroso de máquinas que producen ante el público, esas fábricas tan completas y montadas tan ingeniosamente, que ni aun parecen reducidas, esas manifestaciones características de los estudios de economía social, de los ensayos prácticos para el mejoramiento de la suerte de los pobres, de las investigaciones hechas sobre higiene pública y privada, de los inmensos esfuerzos de nuestros sabios en el dominio de la antropología, de la sociología y de la etnografía.

Además, el movimiento geográfico, consecuencia de la creciente facilidad de los desplazamientos ó cambios y de la necesidad que siente nuestro viejo mundo de crearse á toda costa nuevos recursos, se traduce por una exposición, como jamás se ha visto, no ya sólo de riquezas coloniales, sino también de la vida especial de las lejanas tierras en que